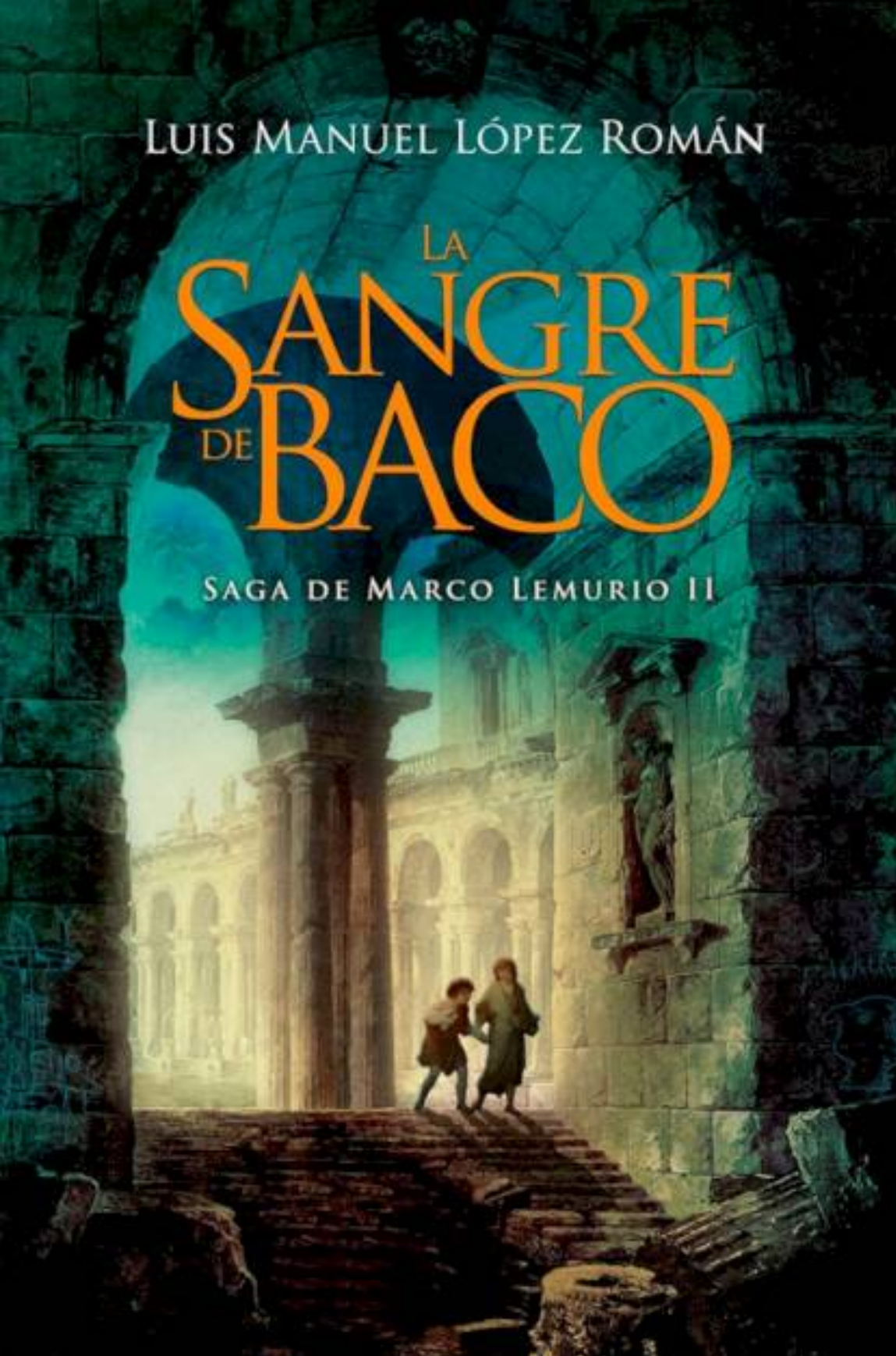


LUIS MANUEL LÓPEZ ROMÁN

LA
SANGRE
DE
BACO

SAGA DE MARCO LEMURIO II



Las tinieblas se ciernen de nuevo sobre Roma. Inquietantes sombras se deslizan por los callejones en medio de la noche. Los niños de la plebe están desapareciendo de forma misteriosa. Solo un hombre tiene la clave para desentrañar el peligro que acecha a los habitantes de la Subura: Marco Lemurio. ¿Será capaz de llegar al fondo del misterio?

La sangre de Baco nos sumerge de nuevo en el corazón de Oscura Roma. Mientras nuestro personaje lucha contra los demonios de su pasado y combate a todo tipo de criaturas ocultas para salvar a los niños, los enfrentamientos políticos entre grupos de senadores y las luchas entre bandas amenazan con sumir a la ciudad en el caos más absoluto. Brujería y política; misterios y revelaciones; espadas y dagas; sangre y vino. Todo ello se combina en una trama apasionante enmarcada en la crisis de la República.

Índice de contenido

- I. Via Apia
- II. Invitados inesperados
- III. Un encuentro en las termas
- IV. Filtros amorosos
- V. El precio del pan
- VI. La bruja
- VII. Los peligros de la noche
- VIII. Aristóbulo
- IX. El portero y el escriba
- X. Un amigo en la oscuridad
- XI. Discursos y multitudes
- XII. El discurso de Gabinio
- XIII. Una emboscada y un sueño
- XIV. Un nuevo compañero
- XV. La bestia del Aventino
- XVI. Defensor del pueblo
- XVII. El triunfo del amor
- XVIII. El veterano
- XIX. Un encuentro en la noche
- XX. El mensaje
- XXI. Céfiro
- XXII. El estudio de Neóbula
- XXIII. Un hombre vivo y un hombre muerto
- XXIV. La voz de los muertos
- XXV. El río
- XXVI. Prisionero
- XXVII. Rescate
- XXVIII. La sangre de Baco
- XXIX. Las huestes de Hécate

XXX. Tres visitas y un ajuste de cuentas

Epílogo. El maestro

Nota del autor

Sobre la autora

*Para ti, que con tu vida diste una nueva
dimensión a la palabra generosidad.
Que fuiste el mejor tío para mis hermanos
y para mí, y el mejor amigo para mis padres.
Para Raúl.*

I

Via Apia

El jinete enderezó el rumbo de la mula tirando de las riendas con energía. El animal, tozudo y poco dispuesto a obedecer órdenes, resopló fastidiado y se resignó a dejar pasar los jugosos brotes tiernos de hierba que crecían a un lado del camino. El hombre lanzó una maldición a los dioses y juró por enésima vez en aquel viaje que no volvería a salir a los caminos en una buena temporada. No, aquello de viajar no estaba hecho para él. En un verano tan caluroso como aquel, viajar resultaba molesto, incómodo y, sobre todo, terriblemente aburrido. Durante el día, el sol caía a plomo sobre su cabeza, sin que hubiera suficientes sombras en el mundo para ocultarse de aquel astro empeñado en abrasarle la piel. Durante la noche, los mosquitos y otros insectos le atosigaban y le impedían conciliar el sueño y disfrutar de la tregua térmica que llegaba con la desaparición del sol.

—Maldito el momento en el que acepté este trabajo — dijo en voz alta, a sabiendas de que no había nadie en los alrededores que pudiera escucharle.

Se consoló pensando en la bolsa de monedas que le esperaba en el pequeño apartamento de la Subura que consideraba su hogar. Una cantidad de dinero que le permitiría vivir de forma desahogada durante un tiempo sin tener que preocuparse por llenar la despensa ni pagar el alquiler. Una cantidad que, ante todo, le permitiría dedicarse a lo que de verdad le interesaba, a la misión que le quitaba el sueño

por las noches. Encontrar al hombre que había ordenado la muerte de su madre.

El encapuchado azuzó de nuevo a la mula con las riendas para que aligerara el paso. Se encontraba a escasa distancia de Roma, pero el sol comenzaba ya a caer hacia el horizonte. Lo último que deseaba en aquellos momentos era tener que pasar otra noche en el camino y ser atacado de nuevo por la nube de mosquitos que parecía haberle seguido desde que se subiera en la mula varios días atrás. Tenía que llegar a Roma antes de que el sol se pusiera, aunque aquella tozuda bestia reventara por el camino y tuviera que ser él quien la llevara a cuestas.

Marco Lemurio se retiró la capucha de la cabeza. Tenía una mata de pelo espeso y abundante que clamaba por la intervención de la tijera de un barbero. Los mechones de cabello castaño le caían sobre la frente y el rostro, obligándole a tener que retirarlo constantemente. Sus mejillas estaban cubiertas de una barba descuidada de varias semanas sin utilizar la cuchilla. Aquel sería el primer asunto que atendería una vez llegara a Roma. Un buen baño en las termas y una visita al barbero para que le devolviera su rostro habitual, despejado y cómodo.

Frente a él y a sus espaldas, la vía Apia se extendía a lo largo de millas y más millas de camino empedrado y lleno de baches y obstáculos. Aquel camino, que ya había cumplido varios siglos de vida, era la principal arteria de comunicación de Roma con las comunidades del sur de Italia. Una vía clave en el dominio del Samnio y la Campania, que había visto centenares de veces desfilar a las legiones rumbo a la batalla y regresar, victoriosas o derrotadas. El viejo Apio Claudio el Ciego había entendido la importancia de contar con una vía de comunicación rápida y segura para que los legionarios pudieran moverse con celeridad en caso de guerra y para que los comerciantes llevaran y trajeran sus mercancías en tiempos de paz. Había promovido la construcción de aquella calzada muchos siglos antes del

nacimiento del propio Marco, y su ejemplo había cundido entre la clase alta de Roma. Si había algo que gustara a los nobles romanos era mandar construir carreteras y presumir con orgullo de ellas como el símbolo que eran del poderío de Roma.

En lo que atañía a Marco Lemurio, todas aquellas vías podrían haber desembocado en el Hades o en los mismísimos Campos Elíseos. Si estaba en su mano, no pensaba volver a poner un pie en ninguna de ellas en una buena temporada. Por qué gente que vivía en Roma, donde tenía todo lo que necesitaba al alcance de la mano, se lanzaba a viajar resultaba todo un misterio para él. El mundo de Marco Lemurio comenzaba en las murallas de Roma y tenía su centro en el templo de Júpiter del Capitolio. No necesitaba más.

La mula resopló fastidiada, y el jinete respondió con su propio bufido. Era evidente que amo y bestia estaban cansados el uno del otro y los dos se mostraban deseosos de perderse de vista.

A medida que el paso de la mula le acercaba a su adorada Roma, Marco observó que a los lados del camino se hacían más abundantes las tumbas y los panteones familiares. Enterrar a los muertos o depositar sus cenizas junto a las calzadas era una vieja costumbre romana que se perdía en la noche de los tiempos y que se había conservado hasta aquellos días. Quienes tenían una parcela o una finca que cultivar solían buscar el descanso eterno en sus propias tierras, junto a sus propios antepasados, pero los habitantes de las ciudades optaban por erigir sus monumentos funerarios, tanto los humildes como los más fastuosos, junto a los caminos. Por aquel motivo, los mensajes que podían leerse en las tumbas solían hacer referencias a los caminantes que pasarían durante mucho tiempo junto a la tumba. Detente viajero y eleva una plegaria a mis dioses manes. Donde hoy me veo, caminante, tú te verás. Estas y otras muchas fórmulas podían leerse en centenares de estelas y

piedras que cubrían sencillas tumbas o coronaban el frontón de los grandes templos funerarios de las familias adineradas.

A Marco no le gustaban las tumbas. Sabía muy bien qué tipo de criaturas solían rondar por las necrópolis cuando se ponía la noche. Brujas y curanderos buscando ingredientes para sus siniestros hechizos, profanando las tumbas cuando tenían la ocasión y llevándose con ellas trozos de cuerpos, cenizas, cabellos... Además de estos, estaban los simples saqueadores, a los que no les importaban los cuerpos ni las cenizas, sino únicamente las joyas u objetos valiosos que se depositaban en las sepulturas. Marco odiaba a las brujas que practicaban la necromancia y a los saqueadores de tumbas; y, sin embargo, no eran aquellas las criaturas a las que más temía cuando se veía obligado a visitar una necrópolis durante la noche. Sabía que había otros seres más peligrosos que se movían entre los sepulcros y los nichos bajo la luz de la luna y las estrellas. Seres con cuerpo físico y seres que carecían de él. Seres capaces de arrancar la vida a un hombre con una sola mirada gélida.

Marco alejó aquellos pensamientos de su cabeza. Ni las brujas ni los saqueadores ni aquellas criaturas más peligrosas se habrían aventurado nunca en tumbas tan cercanas a la vía Apia, sin duda la calzada más transitada de toda Italia. No, no había mucho que temer siempre que se mantuviera en el camino o sus inmediaciones.

Se cambió de postura sobre la mula para acomodar sus nalgas, doloridas tras varios días de viaje. Leyó las inscripciones de algunas de las tumbas para distraerse. A Cecilia, de su marido que la amaba. A Lucio, hijo de Lucio, amo bondadoso, de sus esclavos y libertos. Consagrado a los manes de Cayo Turanio, de parte del *collegium* de taberneros. Letras grabadas con amor en la piedra por encargo de aquellos a los que el difunto había querido en vida. Buenos deseos para una vida más allá de la muerte.

Como siempre que pasaba frente a un grupo de tumbas y leía sus inscripciones, Marco pensó en su madre, Neóbula, y en su padre, llamado Marco Lemurio como él mismo. Neóbula, cuyo cuerpo jamás fue encontrado y que, como tantos otros asesinados durante la dictadura de Sila, no había podido disfrutar de una sepultura adecuada. Su padre, desaparecido en la guerra civil sin que nadie hubiera podido darle razón de su paradero o de la suerte corrida durante aquel cruel conflicto. Marco no tenía lugar alguno al que acudir a hacer libaciones o sacrificios en honor de sus difuntos padres. Ninguna piedra marcaba el lugar de descanso de aquellos dos desgraciados que habían muerto engullidos por el vendaval de violencia y sangre de las guerras civiles.

Suspiró. Hacía mucho tiempo que había renunciado a tener una tumba a la que ir a llorar. Pero, si todo marchaba bien, en poco tiempo tendría al menos una pista con la que seguir el rastro de los asesinos de su madre. No lloraría a Neóbula frente a una lápida con su nombre. Pero vengaría su muerte.

La mula continuó avanzando a buen paso. Unas millas más adelante, se encontraron con un siniestro recordatorio de un acontecimiento del pasado reciente. Una enorme estaca de madera que se alzaba varios pies sobre el suelo, clavada profundamente y apuntalada por varias piedras de aspecto pesado. Sobre ella un enorme cuervo negro contemplaba la vía Apia y sus transeúntes.

Marco, como todos los viajeros que recorrían aquel camino, sabía muy bien qué era aquella estaca solitaria. Eran los restos de una cruz sobre la que había sido torturado y había muerto un esclavo rebelde siete años antes. Uno de los miles de esclavos que se habían sumado a la rebelión de Espartaco, soñando con la libertad, con el regreso a su patria, con una vida mejor, y que había acabado clavado sobre un madero con las piernas rotas, muriendo en una lenta agonía hasta que su propio peso había acabado por

asfixiarlo. Tras la rebelión de los esclavos, la vía Apia había sido el escenario elegido para crucificar a todos los esclavos supervivientes. Un ejemplo para todos aquellos siervos que pudieran llegar a pensar en algún momento en levantarse contra sus amos. Cada cierta distancia se había alzado una cruz, y en ella se había ejecutado a un prisionero.

Como si el animal fuera capaz de percibir el dolor y el sufrimiento que habían marcado aquel lugar, la mula relinchó al pasar junto a la estaca. Marco pronunció una fórmula de invocación a los dioses del inframundo. La muerte en la cruz era uno de los suplicios más horribles que el ser humano había inventado para castigar a los criminales. Una muerte muy lenta en la que el condenado caía preso de la desesperación, el hambre y la sed. El dolor de las heridas causadas por los clavos que atravesaban sus muñecas y tobillos se sumaba al de las heridas de otras torturas anteriores. Los más afortunados veían cómo el verdugo les quebraba las rodillas con una maza, ya que aquel gesto impedía que el condenado pudiera luchar contra su propio peso y alzar el cuerpo en busca de un oxígeno que cada vez llegaba a los pulmones con más dificultad. Finalmente, agotado, exhausto y enloquecido, el condenado moría por asfixia. Pero solo tras varios días de agonía y sufrimiento.

La estaca había perdido el madero superior, y nada quedaba ya del cuerpo del esclavo ejecutado en aquella cruz. Marco miró el enorme palo de madera y no pudo evitar un escalofrío. Desafiar a Roma podía tener unas consecuencias terribles.

Haciendo un esfuerzo de voluntad, obligó a la mula a acercarse al madero. El animal se resistió, pero acabó por ceder. Una vez junto a los restos de la cruz, Marco sacó su daga e hizo uso de su filo para arrancar un trozo de madera. Aquellos restos en apariencia inertes guardaban todo tipo de poderes que solo los iniciados podían utilizar por medio de diversos rituales. Las cruces en las que había muerto un condenado quedaban impregnadas de sufri-

miento, de dolor, de muerte. De magia. Marco no se sentía muy cómodo haciendo uso de aquel tipo de materiales que de algún modo habían estado relacionados con la muerte de un ser humano. Sin embargo, eran piezas muy valiosas en las manos adecuadas. Y si no lo usaba él mismo, conocía compradores que pagarían por aquel pedazo de madera un buen precio, en forma de monedas o favores.

Guardó el trozo de cruz en las alforjas y azuzó de nuevo a la mula. El animal resopló con fastidio y enfiló de nuevo por la vía Apia, hacia el norte.

Cuando acometieron el último tramo de su viaje, el sol ya se acercaba al horizonte. Marco tuvo que reconocer que la vía Apia lucía espléndida bajo aquella luz anaranjada de un atardecer de verano. El ocaso se derramaba sobre las piedras del camino, sobre las lápidas y monumentos funerarios, como si cubriera todo con una suave pátina de miel pura. Los cipreses se mecían con una brisa suave, casi imperceptible, que era una promesa del final del calor del día y de la llegada de la tregua nocturna. Al caer el sol y comenzar a descender el calor, la mula pareció revitalizarse y aceleró el paso, como si la visión de los alrededores de Roma le recordara que ya estaba cerca de su establo y del merecido descanso.

A medida que se acercaban a Roma, las granjas aisladas y muy separadas entre ellas daban paso a poblaciones más densas que habían nacido y crecido fuera de las murallas desde siglos atrás fruto de la enorme cantidad de campesinos de toda Italia que se habían desplazado a Roma, atraídos por la prosperidad de la Urbe. El camino cada vez estaba más transitado por personas, animales y carros que salían de la ciudad o se dirigían a ella. Muchos giraban la cabeza al cruzarse con Marco, ya que su aspecto, con la capucha cubriendo su rostro, no resultaba muy tranquilizador ni invitaba a la conversación. Marco no le daba importancia;

estaba acostumbrado a que sus propios vecinos de la Subura le evitaran cada vez que se cruzaba con ellos.

Finalmente, llegó a la puerta Capena, la gran puerta de las murallas de Roma que servía de punto de entrada y salida para todos aquellos que se dirigían o regresaban desde el sur. Aquel punto era uno de los más transitados de toda la ciudad. Al sur de Roma estaban las humildes tierras del Lacio, pero más allá se encontraba la fértil Campania, donde los campos de trigo producían una gran cantidad de los alimentos que la ciudad consumía y donde las grandes ciudades como Capua o Cumas servían de foco de atracción para comerciantes y mercaderes. La puerta Capena estaba abarrotada de personas desde que salía el sol hasta los últimos momentos del ocaso. Comerciantes que introducían sus productos en Roma, viajeros ocasionales llegados de diversos puntos de Italia y del Imperio, legionarios y veteranos. Y, sobre todo, una nutrida pléyade de mendigos que se lanzaban sobre cualquiera con aspecto de portar una bolsa llena de monedas o una cesta con alimentos que pudiera compartir con los más necesitados. Marco no se dejaba ver mucho por las puertas de la ciudad, pero tenía la impresión de que en los últimos años el número de indigentes que vivían de la caridad había aumentado en las calles de Roma. ¿Fruto de las proscripciones de Sila y las confiscaciones de tierras que las habían acompañado? Marco no habría sido capaz de jurarlo, pero pensaba que era muy probable. Había muchas historias de personas que habían perdido sus tierras a manos de los partidarios del dictador y que se habían visto obligadas a marchar a la ciudad para sobrevivir mendigando o aprendiendo un oficio.

Marco no tenía en absoluto el aspecto de un acaudalado comerciante. De hecho, parecía más un sicario capaz de clavarle a uno una daga entre las costillas que un hombre dispuesto a dar un as de bronce a un mendigo. A pesar de todo, un hombre cubierto de harapos y con el rostro casi oculto por una espesa barba canosa se fijó en él y se le

acercó. Marco observó que en el lugar donde tendría que haber estado el brazo derecho había un muñón cubierto a la altura del codo.

—¿Una ayuda para alguien que lo perdió todo por defender a Roma de sus enemigos? ¿Una ayuda para un veterano de los ejércitos de Mario? —Marco no detuvo el paso de la mula. Eran tantos los mendigos que había en Roma que desde niño uno se acostumbraba a su presencia y desarrollaba una cierta indiferencia ante sus palabras y sus peticiones. El hombre insistió. Tenía una voz agrietada que delataba su afición al vino y a las noches en vela—: ¿Una ayuda para alguien que combatió contra los cinabrios y teutones? Hoy yo podría tener mi brazo en su sitio, pero entonces tal vez los bárbaros estarían cagando sobre la estatua de Júpiter Óptimo Máximo y en las tabernas solo se serviría su apestosa cerveza en lugar de buen vino. Sí, tú, hablo contigo, el de la mula. ¿Te crees mucho mejor que yo por llevar un manto que te cubre la cabeza y tener el culo dolorido por ir a lomos de ese animal? Seguro que eres un hijo de puta de esos que se enriquecieron saqueando las tumbas de las víctimas de Sila. ¿Compraste a buen precio alguna esclava de un condenado a muerte? ¿Una casa, tal vez? Tu cara de cabrón te delata. Eres un cerdo seguidor de Sila y por eso te tapas con la capucha, para que los dioses no vean lo hijo de puta que eres. —El mendigo había ido subiendo su tono a medida que Marco trataba de alejarse de él, ignorando sus palabras—. Vamos, no tienes ni siquiera una mirada de compasión para alguien que salvó el culo de tus padres cuando los bárbaros iban a arrasarse Roma. De no ser por mí y otros como yo ahora serías un bastardo rubio con trenzas en la barba, porque a tu madre se la habrían follado quince...

Marco se retiró la capucha del rostro y frenó a la mula en seco.

—Una palabra más sobre mi madre y te meto ese muñón por el culo tan dentro que te asomará por la boca.

Marco no quería dejarse llevar por la ira. Al fin y al cabo, aquel hombre no era más que un loco borracho que sin duda importunaba a todos los viajeros que pasaban por aquella zona y tenían la mala fortuna de cruzarse con él. De todos modos, a medida que su furia aumentaba, podía sentir cómo el colgante que colgaba de su pecho comenzaba a calentarse, al principio de forma leve, y de forma evidente después. La pequeña lágrima negra había reaccionado. La lágrima de Perséfone comenzaba a despertar.

El mendigo, lejos de arredrarse ante las amenazas, prorrumpió en carcajadas.

—Vaya, el cachorro de Sila tiene dos cojones bajo la túnica. Eres muy valiente desde ahí arriba. Baja aquí y deja que pruebe mi muñón en tu cara de niño bonito.

Marco respiró hondo y dejó salir el aire. Trató de poner la mente en blanco. Poco a poco, se controló. No podía dejarse llevar. El colgante dejó de calentarse y volvió a ser una simple piedra que pendía de una cadena barata.

—Por mi parte puedes usar tu muñón para dar placer anal a una cabra pulgosa. Tengo prisa.

—Por los dioses, el hijo de puta se pone digno. —El hombre volvió a prorrumpir en carcajadas—. Vamos, no te enfades. Dame una moneda y olvidaremos las palabras que ambos hemos pronunciado. ¿Qué me dices? Una moneda para Lucio Escapcio y todo arreglado. La usaré para hacer un sacrificio a los dioses en tu nombre, si es que me lo dices. Hubo un tiempo en el que conocía a todos los oficiales que combatían a las órdenes de Mario. Desde los legados a los centuriones. Nombre por nombre, cara por cara. Pero mi memoria ya no es lo que era...

Marco volvió a frenar la mula. El animal protestó ante tanto cambio de opinión. Una idea se había abierto paso en su cabeza. Una idea sin duda absurda y que tenía visos de acabar con ningún resultado y su bolsa más vacía. Pero merecía la pena intentarlo.